

XII Simposio AIFP
Mesa 5: La ciudad como texto

Pensamiento sitiado
Imaginario de la *ciudad dependiente* latinoamericana

Johanna Lozoya
Universidad Nacional Autónoma de México

El rostro afligido del colonizado ha sido sustituido, de hecho, por el rostro aflitivo del descolonizado que desde hace cuarenta años acumula desencanto y estafa.

Pascal Bruckner, *La tiranía de la penitencia*

Introducción

Más de medio siglo después de que un grupo de economistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) lanzaran al mundo la teoría económica de la dependencia, y a casi cuatro décadas de que las ciencias sociales le dieran una proyección sociológica, ésta teoría sigue vigente en imaginarios ciudadanos, culturales e ideológicos de la ciudad- red latinoamericana. Esto es decir, que a principios del siglo XXI, es posible identificar una particular dinámica de redes entre humanos, objetos, símbolos e imaginarios, flujos, instituciones y espacios, representaciones y emociones, que defino como la *ciudad dependiente*. Ésta, es un universo de redes animadas e imaginadas, día a día, en la sintonía de un *a priori* ideológico: la dependencia económica afecta el desarrollo sociopolítico y cultural de los pueblos. Una dependencia que, en buena medida, se *imagina*¹ en la mirada cultural latinoamericana – red que a este texto interesa - a través de una construcción victimista sobre el despojo, la inequidad, la injusticia, la imposición y la derrota.

En ésta particular construcción del “rostro afligido” latinoamericano, sobre la inmadurez democrática y el problema económico de la región se piensa no sólo como el resultado de errores políticos o de debilidades en las instituciones, sino también como una maldición atávica (el colonialismo), un defecto genético o una herencia latina (el problema del indio y del mestizaje)². En la antología de Francis Fukuyama, *La brecha entre América Latina y Estados Unidos. Determinantes políticos e institucionales del desarrollo económico* (2006), se insiste, como lo hace el historiador Enrique Krauze, que las clases intelectuales latinoamericanas tanto de derecha como de izquierda han cuestionado el desarrollo de la región “rumiando las más bajas pasiones: el rencor, el resentimiento, la envidia”. Este mundo intelectual parte de un imaginario en el que “somos menos porque ellos [el imperialismo] nos han hecho menos: su éxito está fincado en nuestro fracaso”. La retórica

¹ *Imaginar*, con el uso que Benedict Anderson y Eric Hobsbawn dan al concepto.

² Johanna Lozoya, *Las manos indígenas de la raza española*, 2010.

de la recriminación – ejemplo del tercermundismo que sobrevive, como opina Pascal Bruckner, a la desaparición del Tercer Mundo como entidad autónoma –tiene en el *somos víctimas* de la ciudad dependiente uno de sus más sólidos pilares. Este imaginario cultural navega cómodo en los flujos del poder y de lo político, de lo popular y de lo populista, de lo ideológico y de la crítica intelectual. Un imaginario profundamente emocional que, paradójicamente, va dejando rastros por doquier de que la ciudad dependiente no es víctima, sino que *se ha inventado* víctima.

¿A qué me refiero? Los vehículos del imaginario victimista que circula en la ciudad dependiente, se pueden ver como una compleja red de narrativas, que sostienen existosamente un imaginario historicista sobre una *gran derrota* y un cúmulo de fracasos. Dejemos a Freud, a las pasiones violentas, a los demagogos y pensemos que el rosario de calamidades y argumentos culturalistas que se esgrimen para pensar culturalmente en “el problema latinoamericano”, tiene, entre otros, un origen narrativo. El victimismo como elemento de la atávica sombra cultural en los engranajes del (sub) desarrollo social, económico y político de la región, es uno de los principales imaginarios emocionales que alberga la historiografía nacionalista latinoamericana de la segunda mitad del siglo XX. Los intelectuales de la ciudad dependiente han construido un pensamiento sitiado. Sitiado por las conquistas, por el colonialismo, por el extranjero, por los imperios, por la pobreza, la ignorancia, la violencia y el poder. Por su inocencia y su juventud, su conservadurismo y sus identidades. La marcada interpretación ideológica de este cuerpo historiográfico trae a colación lo que el historiador Marc Bloch denominaría “el error que amenaza a todo estudio de actividad humana”: confundir la afiliación con la explicación. Trascender este imaginario implica deconstruir una tradición esencialista historiográfica en la que los conceptos de progreso, libre mercado y democracia cohabitan con argumentos culturalistas que defienden el alma de los pueblos y la visión de una América Latina irrevocablemente atada a un pasado trágico.

La imagen de un mundo latinoamericano víctima que debe *acorazarse*, ha conmovido a generaciones que han legitimado la historia de la nación liberada, como el relato de los efectos históricos de una *gran derrota* primigenia (la conquista). Por ejemplo, el encanto romántico de panfletos como *Las venas abiertas de América Latina* (1971) de Eduardo Galeano, permite que la memoria colectiva recuerde, a pesar del escaso rigor científico del autor, la transformación de la boliviana Villa imperial de Potosí en un teatro veneciano enclavado en los Andes, con gestas caballerescas a cuatro mil metros de altura y mujeres galantes y enjoyadas paseando por sus calles. Imágenes de un cuerno de la abundancia en la ciudad más pobre de América que, a decir del autor, más riquezas dio al mundo:

A comienzos del siglo XVII, ya la ciudad contaba con treinta y seis iglesias espléndidamente ornamentadas, otras tantas casas de juego y catorce escuelas de baile. Los salones, los teatros y los tablados para las fiestas lucían riquísimos tapices, cortinajes, blasones y obras de orfebrería; de los balcones de las casas colgaban damascos coloridos y lamas de oro y plata. Las sedas y los tejidos venían de Granada, Flandes y Calabria; los sombreros de París y Londres; los diamantes de Ceilán; las piedras preciosas de la India; las perlas de Panamá; las medias de Nápoles; los cristales de Venecia; las alfombras de Persia; los perfumes de Arabia, y la porcelana de China. Las damas brillaban de pedrería, diamantes y rubíes y perlas, y los caballeros

*ostentaban finísimos paños bordados de Holanda. A la lidia de toros seguían los juegos de sortija y nunca faltaban los duelos al estilo medieval, lances del amor y del orgullo, con cascots de hierro empedrados de esmeraldas y de vistosos plumajes, sillas y estribos de filigrana de oro, espadas de Toledo y potros chilenos enjaezados a todo lujo.*³

Se debe a este mundo de voracidad e inmoralidad del colonialismo castellano, aclara el escritor uruguayo, que el Potosí boliviano, drenada su riqueza y violada su exhausta alma inocente, termina sus días en el abandono más total. “El mundo le debe una disculpa”, concluye. Esta visión, ofrece ventajas. Una primera, por ejemplo, es de índole ideológico: ha permitido que las interrupciones, discontinuidades o rupturas históricas, como suelen llamarse a las guerras civiles (independencias) y a las revoluciones en los realatos nacionalistas, sean ensalzadas como los verdaderos momentos libertarios y progresistas. Una segunda es de índole político-social: la legitimidad de la historiografía del victimismo, como si fuese una constitución, ha dado prestigio legal a emociones y acciones derevanca, resentimiento, intolerancia, xenofobia y de mutilación social. Galeano, por ejemplo, tiene una particular interpretación del fracaso del Estado haitiano y de la que fuera la mayor masacre de blancos y mulatos en el contexto independentista latinoamericano: “Haítí”, explicó hace un par de meses “fue el primer país verdaderamente independiente de América Latina y por eso duramente castigado durante todos estos años. Nunca le perdonaron que un grupo de negros esclavos le haya propinado una brutal paliza al poderoso ejército de Napoleón”⁴. Castigo, asedio, colonizaje, esclavitud, son directivas historiográficas que le han permitido a América Latina, sobrevivir a sus propios cambios internos (dictaduras y guerras civiles) y ser irresponsable, digámoslo así, no sólo ante los asedios del mundo político y económico de la Guerra Fría y de la globalización, sino de sus propias acciones.

Ahora bien, este imaginario tiene una enorme proyección popular. A principios del siglo XXI, *Las venas abiertas de América Latina*, que fuera un auténtico best seller en 1971, llegaba treinta y siete años después a las 76 reimpresiones y tres ediciones revisadas y corregidas. Una cifra muy por encima del impacto de otra obra contemporánea y homóloga ideológica, *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire, cuya 58ª reimpresión se publicó en 2008. Posiblemente lo más cercano a este *boom* editorial sobre “el problema latinoamericano” fueron los obtenidos por *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz y *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez. ¿Por qué este imaginario cuya visión de mundo - “perdimos, otros ganaron” -, es, a la fecha, tan popular en las construcciones culturales latinoamericanas?

La dependencia cultural en la ciudad-red dependiente se proyecta como la hegemonía del imaginario *culto* del centro sobre las periferias, la transculturalidad de las ideas, la mimesis cultural, la pérdida de la *verdadera* identidad y finalmente, la invisibilidad. Este escenario justifica, moral e históricamente, la recriminación emocional sobre la imposición o adopción de culturas consideradas ajenas al ser latinoamericano. Frente a ello, se impone el “uso latinoamericano” de la historiografía: la reescritura de una visión histórica desde la óptica de “los vencidos”. Esto, se argumenta, permite conocer lo propio y hacer visible la

³ Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, 2008, pág. 39.

⁴ Artículo “Eduardo Galeano: La independencia en América Latina es una tarea por hacer”, *CubaDebate*, 6 de mayo 2011.

verdadera América Latina a partir del relato de la periferia y del (pos)colonizado. Los conceptos *mimesis*, *invisibilidad* y *búsqueda*⁵ son los puntales del razonamiento histórico e historiográfico de toda una generación de intelectuales, de izquierda y de derecha. Por ejemplo, a fines del siglo XX la arquitecta e historiadora argentina Marina Waisman consideró necesario escribir *Interior de la historia: historiografía arquitectónica para uso de latinoamericanos* (1990), un texto que propone rearticular regionalmente conceptos teóricos universales de la arquitectura moderna y eliminar la categorización de la arquitectura latinoamericana como un “ciudadano de segunda clase”. América Latina, indica la autora, debe asumir su responsabilidad en un esquema definido por un centro culturalmente dominante, que ha considerado marginales a los países latinoamericanos en la producción cultural. ¿Esta postura, que implica?

En principio, afirmar que en el ámbito arquitectónico las naciones en América Latina se han construido artística y culturalmente a partir de esquemas modernos ajenos a su realidad y a su esencia cultural. Lo segundo, es asegurar la existencia de valores propios y convencionalmente aceptados (esenciales e históricos) que “generalmente han sido oscurecidos por la dependencia cultural”. Lo tercero, considerar que a través de una introspección crítica de la historia, definida como una “labor de clarificación”, se da “el difícil paso al descubrimiento” de estos valores. La aflicción cultural del dependiente, tanto como del descolonizado, latinoamericano, frente a esta exigencia de labor clarificadora se centra en lo que Darcey Ribeiro denominaría, “una tendencia a la búsqueda de una autenticidad que nunca ha sido alcanzada”. En el pensamiento urbano arquitectónico, esto ha conducido a la valoración de arquitecturas como *verdaderas*, en base a su vínculo con el origen esencialista de la nación y su expresión en los momentos de ruptura o de discontinuidades históricas. ¿Por qué?

Marina Waisman, por ejemplo, responde que las culturas arquitectónicas de América Latina están insertas en una tradición de constantes irrupciones de ideas ajenas en el desarrollo local, lo que dificulta notablemente el establecimiento de identidades propias. Esto es decir que la introducción de la nueva solución, la nueva respuesta o la nueva teoría elaborada en los países centrales, desplaza al incipiente desarrollo arquitectónico moderno de los países periféricos produciendo “el desgarramiento de los tejidos apenas esbozados”. Es decir, la constante intrusión de nuevas ideas europeas adaptadas o impuestas por la situación de dependencia política y cultural, impide que los artífices locales puedan perfeccionar códigos y después engendrar nuevas ideas. El impacto de este desgarramiento en el tejido urbano – un espacio sujeto a un continuo de cambio, de destrucción y construcción, de sustitución de tipologías edilicias – se hace manifiesto en su incapacidad de consolidación, total o fragmentada, en algún momento de su historia. La ciudad dependiente latinoamericana, no está arbitrada por continuidades ni puntos de flexión históricos, sino por continuas rupturas producidas por la exigencia de una renovación constante y neurótica de orientaciones arquitectónicas diversas.

Waisman insiste en otra circunstancia más, que hace difícil la continuidad histórica en las ciudades latinoamericanas: la falta del respeto a la ciudad y a la arquitectura existentes, que

⁵ Johanna Lozoya, “Invención, búsqueda y otros callejones historiográficos”, 2008.

se afirma y se prolonga gracias a la actitud de epígonos de los valores centrales que asumen, en su gran mayoría, los productores latinoamericanos.

Es una característica bastante general de la mentalidad del latinoamericano de la parte sur del continente, característica que sólo recientemente comienza a revertirse, el desprecio por el pasado y el entusiasmo por la modernidad, por todo lo que representa generalmente de modo superficial – el progreso. [...] Si es que ya en un estadio más sofisticado, llega a aceptar imágenes del pasado, serán las de un pasado mítico – el mundo de la Colonia – idealmente imaginado como noble origen de la nacionalidad a la que ahora pertenece.⁶

Visto así, el tejido urbano de la ciudad dependiente latinoamericana se caracteriza por una discontinuidad no sólo espacial, sino también temporal. “El diseño” puntualiza Waisman, “no es una actividad científica: es de naturaleza ideológica, y por tanto comporta una determinada visión de mundo, una determinada concepción de la vida social”. La mirada de la ciudad dependiente es el de ciudades en orfandad identitaria (histórica, tecnológica, cultural), que se construyen y autodestruyen constantemente. Este imaginario apuesta a que el proceso de descolonización del mundo ha contribuido a la toma de conciencia de la propia dependencia cultural por parte de aquellos pueblos que dejaron la condición política de colonia, pero que, se dice, “no adquirieron al mismo tiempo una total autonomía económica y/o cultural”.

En este sentido, la clarificación historiográfica se transforma en un acto liberador de las múltiples dependencias culturales imaginadas. El pensamiento sitiado del “rostro aflitivo” del descolonizado ofrece dos caminos para el futuro: la *resistencia* o la *divergencia*. Resistir es permanecer para defender lo que *se es* y atrincherarse ante la invasión indeseable. Una interpretación estática, esencialismo romántico, que insiste en crearse un enclave en el interior del sistema para no ser absorbido por él. El mundo sigue debiendo una disculpa a América Latina, reclama la voz galeanista contemporánea, porque “las contradicciones del pasado, de los fantasmas de todas las revoluciones estranguladas o traicionadas a lo largo de la torturada historia latinoamericana” son producto de la historia del capitalismo mundial. Divergir, es desarrollar “a partir de lo que se es, lo que se puede llegar a ser”; salirse del sistema, dejar de lado sus estructuras y emprender rumbos inéditos. Marina Waisman propuso a fines del siglo XX trasladar los valores de la posmodernidad a los márgenes y fundar un proyecto latinoamericano. Una acción de divergencia dentro de la dirección general de la cultura posmoderna y no de resistencia ante el aparato del mundo postindustrial. A través de la visión de América Latina como una *región* y no una periferia, ésta pensadora de la ciudad dependiente apostó al diseño de una nueva ciudad-red constructora de puentes, de propuestas y de vanguardia. “Desde el centro no puede verse a las márgenes como generadoras de proyectos, sino sólo, quizás, como refugio. Desde las márgenes todo es – o debería ser – proyecto.”⁷

La teoría de la dependencia proveyó a una generación de pensadores latinoamericanos herederos de la Guerra Fría, de un amplio repertorio de argumentos victimistas a través de los cuales se explicó durante décadas todo cuanto ocurría en la región. La construcción

⁶ Marina Waisman, *El interior de la historia*, 1990, pág. 52

⁷ Waisman, op. Cit., págs. 72-73.

ideológica del desencanto y la estafa en el rostro aflitivo del descolonizado, requiere una confrontación historiográfica de un pensamiento sitiado por las emociones:

*El reiterado tópico reaccionario que dice que “el que con dieciocho años no es revolucionario, es que no tiene corazón, y el que con treinta sigue siéndolo, es que no tiene cabeza”, demuestra que toda la frase no es más que un invento de los academicistas con olor a rancio [...] La solidaridad, el compromiso, la pasión, el amor, etc., no es cuestión de edades, son de sentimientos, y sentimientos abnegados.*⁸

Bibliografía

- Bruckner, Pascal, *La tiranía de la penitencia. Ensayo sobre el masoquismo occidental*, Barcelona, Ariel, 2008.
- Fukuyama, Francis, *La brecha entre América Latina y Estados Unidos. Determinantes políticos e institucionales del desarrollo económico*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Galeano, Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*, México, Siglo XXI, 2008.
- Lozoya, Johanna, *Ciudades sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica*, México, Tusquets, 2010.
- Ídem, *Las manos indígenas de la raza española. El mestizaje como argumento arquitectónico*, México, CONACULTA, 2010.
- Ídem, “Invención, búsqueda y otros callejones historiográficos”, en Catherine Ettinger (ed.), *Historiografía de la arquitectura mexicana. Perspectivas críticas*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2008, págs. 39-60.
- Reid, Michael, *Forgotten Continent: The Battle for Latin America's Soul*, New Haven – London, Yale University Press, 2009.
- Waisman, Marina, *El interior de la historia: historiografía arquitectónica para uso de latinoamericanos*, Colección Historia y Teoría Latinoamericana, Bogotá, Escala, 1990.

⁸ Artículo “Eduardo Galeano. Me caí del mundo y no sé por dónde se entra”, El País, 22 de agosto 2011.